



# **DIENTE POR DIENTE**

Séquito título de la serie del tallón

# **J.K. FRANKO**

Susie y Roy pensaban que habían cometido el crimen perfecto.

Su plan fue muy meticuloso. Su ejecución, impecable.

Pero... Siempre hay un cabo suelto, ¿verdad? Siempre hay un hueso cantor.

Ahora, mientras sus enemigos se multiplican y abundan las sospechas, su mundo perfecto comienza a desmoronarse.

Los cazadores se han convertido en presas.

# Índice de contenido

Prólogo

Parte I

1974

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Parte II

Billy Applegate 1981

Capítulo XXV  
Capítulo XXVI  
Capítulo XXVII  
Capítulo XXVIII  
Capítulo XXIX  
Capítulo XXX  
Capítulo XXXI  
Capítulo XXXII  
Capítulo XXXIII  
Capítulo XXXIV  
Capítulo XXXV  
Capítulo XXXVI  
Capítulo XXXVII  
Capítulo XXXVIII

Parte III

Billy Applegate 1986  
Capítulo XXXIX  
Capítulo XL  
Capítulo XLI  
Capítulo XLII  
Capítulo XLIII  
Capítulo XLIV  
Capítulo XLV  
Capítulo XLVI  
Capítulo XLVII  
Capítulo XLVIII  
Capítulo XLIX  
Capítulo L  
Capítulo LI  
Capítulo LII  
Capítulo LIII

Capítulo LIV  
Capítulo LV  
Capítulo LVI  
Capítulo LVII  
Capítulo LVIII  
Capítulo LIX  
Capítulo LX  
Capítulo LXI  
Capítulo LXII  
Capítulo LXIII  
Capítulo LXIV  
Capítulo LXV  
Capítulo LXVI  
Capítulo LXVII  
Capítulo LXVIII  
Capítulo LXIX  
Capítulo LXX  
Capítulo LXXI  
Capítulo LXXII  
Capítulo LXXIII  
Capítulo LXXIV  
Capítulo LXXV  
Capítulo LXXVI  
Capítulo LXXVII  
Capítulo LXXVIII  
Capítulo LXXIX  
Capítulo LXXX  
Capítulo LXXXI  
Capítulo LXXXII  
Capítulo LXXXIII  
Capítulo LXXXIV

Capítulo LXXXV

Parte IV

Billy Applegate 1989

Capítulo LXXXVI

Capítulo LXXXVII

Capítulo LXXXVIII

Capítulo LXXXIX

Capítulo XC

Capítulo XCI

Capítulo XCII

Capítulo XCIII

Capítulo XCIV

Capítulo XCV

Capítulo XCVI

Capítulo XCVII

Capítulo XCVIII

Epílogo

Sobre el autor

*Este libro está dedicado a mis hijos, Pi, Coco y  
Jay.  
Cuando vuestros nietos sean lo bastante  
mayores como para leerlo, contadles lo mucho  
que os quise.*

¿Qué tres cosas nunca se de-  
ben hacer?

Olvidar. Guardar silencio. Que-  
darse solo.

*El libro de los muertos*

Muriel Rukeyser



## PROLOGO

Antes de Susie y Roy, yo nunca había conocido a un asesino. Pero la verdad es que tampoco había mentido a la policía o destruido pruebas. No había estado nunca en la celda de una cárcel. Y, desde luego, nunca había sido cómplice de un asesinato.

Debo admitir, a mi pesar, que la experiencia me ha transformado en mejor persona. Ahora me doy cuenta de que los asesinos son en realidad tipos normales, como tú y como yo. La verdad es que he llegado a considerar a Roy y Sue algo más que meros pacientes... Son mis amigos. Y pienso con nostalgia en nuestra época juntos, e incluso, con cariño.

Esto no sucedió de la noche a la mañana. Fue un proceso progresivo.

¿Qué harías tú si te enteraras de que tu vecino es un asesino? ¿Comprobarías que tus puertas están bien cerradas por la noche? ¿Vigilarías las idas y venidas que se salieran de lo habitual? ¿Pondrías, finalmente, tu casa a la venta sin desvelarles a los posibles compradores lo que sabes sobre los tipos de al lado?

Para la mayoría de las personas, estar cerca de un asesino no es agradable ni deseable.

Imagina cómo me sentí teniendo no uno, sino dos asesinatos clandestinos como pacientes. Sentándome con cada uno de ellos durante horas todas las semanas. Intentando guiarlos hacia técnicas más moderadas de resolución de conflictos. Y fracasando.

Bien, estoy aquí para contarte que, a pesar de la complejidad inherente a esa situación, encontré el camino hacia la paz interior y la felicidad.

Ya sé. En algún otro momento he dicho que, como terapeuta, no tengo demasiada fe en el «felices para siempre». Pero mi forma de pensar ha cambiado.

He llegado a creer en lo importante que es elegir, en el poder de las decisiones. Esta es la principal perla de sabiduría que he sacado de todo esto. No somos lo que nos sucede. *Somos lo que elegimos.*

Y me alegra admitir que, por primera vez en años, finalmente puedo decir que soy *feliz*.

Tienes que comprender que mi infelicidad no se debía a no haberlo intentado. Atribúyelo a mi ingenuidad, pero, al principio, me resultaba difícil procesar todo lo que me habían contado Susie y Roy, y seguir sintiéndome feliz.

Es difícil ver el asesinato de forma positiva.

Egoístamente, me abrumada el temor de que pudieran volverse contra mí. Me habían contado todo sobre sus crímenes con meticuloso detalle. Era obvio que yo era el eslabón débil de la cadena. La única persona que los podría hacer caer.

No era tan solo *un* cabo suelto.

Era *el* cabo suelto.

Así que, por mucho que lo intentara, no podía encontrar la manera de ser feliz en esas circunstancias.

Sin embargo, y como he dicho antes, la felicidad es una elección. Y fue una elección *que hice yo* la que finalmente acabó con mi tormento y me llevó a un lugar en el que puedo estar en paz aunque todo acabase en tragedia: mi relación con Susie y Roy, su matrimonio, toda la situación.

Para que comprendas el resto de mi historia con Susie y Roy, debo contarte algo que sucedió hace años, en una fiesta en apariencia feliz. Y digo «en apariencia» porque fue una noche maravillosa para *casi* todos los implicados.

En esa fiesta estaban dos personas que son parte de esta historia, de mi historia.

La primera es Sandra Bissette. Para ella, la noche en cuestión supuso el comienzo de una carrera de gran éxito en la política y el Derecho.

Para la otra persona, Billy Applegate, la noche acabaría en tragedia.

# PARTE I

## 1974

A todo el mundo le gustan las fiestas.

Y no hay nada como una fiesta con los políticos. Y no me refiero a una fiesta con la familia de tu mujer, no. Me refiero a una reunión por razones políticas. En este caso en concreto, la celebración de una noche electoral.

¿Qué se necesita para que una fiesta tenga éxito? Bueno, lo habitual: comida, bebida, y por supuesto, mucha música. Pero ¿qué es lo más importante? La gente. Y no solo me refiero al «quién», sino también al «por qué».

La gente disfruta más de una fiesta cuando tiene una razón de ser. Velatorios, cumpleaños y aniversarios, todos tienen una razón y cuentan con un invitado de honor, pero la celebración de una noche electoral es algo muy diferente.

En las fiestas de las noches electorales los protagonistas no son solo una persona o una pareja. Son un grupo de personas: los invitados.

Las personas que se reúnen para seguir los resultados de las elecciones forman una sola mente. Un solo espíritu. Son como animales de manada. Todos, con la misma piel. Todos, concentrados en el resultado. Todos, compartiendo los mismos héroes y enemigos.

Si su candidato gana, ellos ganan.

En cierto modo, las fiestas de las noches electorales son parecidas a las reuniones para ver una competición deportiva. Pero en el deporte no hay premio para los aficionados.

Por el contrario, una victoria política equivale a cambios en el mundo real para quienes apoyan ese partido, como beneficios fiscales, inversiones gubernamentales o nombramientos judiciales. Y si hablamos de una fiesta política de

alto nivel, elecciones nacionales, donde están presentes los candidatos y los donantes más importantes, entonces las apuestas son todavía más elevadas. Una victoria no supone solamente cambios para los vencedores, sino también y muy probablemente, dinero.

Esta fiesta en particular tuvo lugar en Maryland en 1974. Para ser precisos, ya que puedo serlo, esta fiesta se celebró el martes 5 de noviembre, noche de las elecciones generales.

Había sido un buen año para los demócratas. Eran las primeras elecciones nacionales después del escándalo Watergate. La dimisión de Nixon había dañado gravemente las posibilidades de los republicanos. Gerald Ford llevaba justo tres meses en la presidencia, después de haber sustituido a Richard Nixon unos meses atrás. Y por supuesto, al haberlo apoyado en septiembre, Ford había destruido sus posibilidades de reelección y contribuido a la animadversión nacional contra los republicanos.

La fiesta tuvo lugar en una espaciosa casa de estilo colonial decorada para la ocasión en rojo, blanco y azul, con banderas americanas colgando de ventanas y barandillas. Tenía un gran salón y un amplio comedor. La cocina era también espaciosa y estaba bien equipada. Contaba con un bonito jardín con porche y una terraza que rodeaba la piscina. Los cuatro dormitorios principales y el de invitados se encontraban en la planta de arriba.

Cerca de la barra habían colocado el juego Ponle la cola al burro<sup>[1]</sup> para que se entretuvieran los que tenían sentido del humor. La verdad es que nadie jugó.

La casa pertenecía a Daniel y Annette Applegate, dos orgullosos socios del Partido Demócrata de Maryland.

La familia de Dan siempre había estado involucrada en política. Su abuelo fue representante estatal. Su padre, juez de distrito durante la mayor parte de su carrera. Dan, nacido Daniel Parsons Applegate IV, pertenecía a la quinta generación de Applegates admitidos por el Colegio de Abo-

gados de Maryland. Aunque nunca había ocupado un cargo público, conocía bien el valor de los contactos políticos y se esforzaba por cultivarlos.

Esa fiesta era parte del esfuerzo.

Dan iba vestido con uno de esos trajes beis de grandes solapas, cuello de camisa extragrande y corbata ancha que estaban de moda en aquella época. La corbata era de color burdeos. Annette llevaba un traje de pantalón. Azul cielo. Llamativo, aunque no demasiado. Su hijo de doce años, Billy Applegate, iba con un peto de color verde oscuro, camisa blanca y zapatillas azules marca Keds. Tenía el pelo corto.

Billy era hijo único. Sus padres lo adoraban, al igual que sus abuelos, pues se trataba del único nieto de ambas familias. Aun así, Billy era un buen chico y sabía que debía mantenerse apartado de sus padres cuando tenían invitados. Sin embargo, se quedó cerca, como parte de la fiesta, atento a cuanto ocurría. Tenía una edad en la que todavía disfrutaba observando a los mayores. Espiándolos. De hecho, conocía muchas de las caras por otras reuniones de ese tipo. Se trataba de una comunidad pequeña.

Esa noche, martes, los invitados llegaron temprano, muchos de ellos, directamente después del trabajo y antes de que cerrasen los colegios electorales.

Iba a ser una noche larga.

La banda tocaba alegremente. El alcohol corría sin parar. En el aire había un sentimiento de anticipación, de emoción ante la perspectiva de una gran victoria demócrata. Después de todo lo que Nixon había hecho pasar a la nación, ¿cómo no iban a querer los votantes un cambio?

Un televisor en blanco y negro anunciaba en el salón los resultados a medida que llegaban. Dan permanecía cerca del teléfono verde colgado en la pared de la cocina, al que llamaban constantemente los demócratas encargados de comunicar los resultados de las votaciones actualizados al minuto.